

LITERATURA JUVENIL, UN VIAJE DE DESCUBRIMIENTO

Dolores Comas de Guembe
Universidad Nacional de Cuyo

Resumen

Iniciado el siglo XXI, la denominación Literatura Juvenil y el campo epistemológico específico y de investigación que abarca, no han sido todavía suficientemente definidos. Con este estudio se pretende aproximar algunas de las características más notorias de esta área de la Literatura, que tiene como principales destinatarios los lectores adolescentes. Sin duda, fue Paul Hazard, con Los libros, los niños y los hombres (trad. 1950) quien se atrevió a defender la enseñanza a través de libros recreativos y de imaginación para la infancia, desplazando así el centro de lo didáctico moralizante al ámbito abierto y rico del sentimiento y de la fantasía. Ocho años más tarde, Enzo Petrini, con su Estudio crítico de la Literatura Juvenil (1958), asentó las primeras bases de diferenciación de “literatura para niños” y “literatura para jóvenes” estudiando los orígenes y evolución de la Literatura Juvenil y destacando la contribución de la pedagogía y de la crítica.

Palabras clave: literatura juvenil - literatura juvenil argentina - literatura para niños - literatura para jóvenes

Abstract

The so-called Juvenile Literature and its specific epistemologic and research field, which started in the nineteenth century, have not been clearly defined yet. This paper aims at determining some of the outstanding traits of this area of Literature, written mainly for adolescents. Doubtlessly, Paul Hazard in Books, Children and Men (Spanish translation 1950) defended teaching through

recreational and imaginative books for children, displacing the centre of interest from moral / didactic purposes to the wide and rich field of feeling and fantasy. Eight years later, Enzo Petrini, in his Critical Study of Juvenile Literature (1958) funded the first bases of differentiation between "children's literature" and "juvenile literature", studying the origin and evolution of Juvenile Literature, and stressing the contribution of pedagogy and criticism.

Key words: juvenile literature - Argentine juvenile literature - children's literature - literature for youth

En nuestro país, grandes escritores y también críticos, tales como Victoria Ocampo, Fryda Schultz de Mantovani, Dora Pastoriza de Etchebarne, entre otras, han testimoniado a través de ensayos y de rigurosas investigaciones la importancia que las lecturas iniciales tuvieron en su propia vida. La trascendencia de estos trabajos hoy está casi olvidada ya que estos conocimientos no han sido retomados en el aula universitaria para su discusión e investigación. Sin embargo Fernando Savater ha atinado en nuestros días con *La infancia recuperada*, que ha alcanzado ya su octava reimpresión en 1994, a reactualizar esta problemática.

La Literatura Juvenil es aquella capaz de iniciar y siempre sostener y promover el maravilloso viaje sin fronteras que realiza cada lector que se atreve a leer para alimentar su espíritu y su imaginación.

Leer es soñar, descubrir y viajar

Para descubrir debemos soñar con un viaje. Como todo viaje lo proyectamos para un futuro. Pero en el pasado ya iniciamos un viaje placentero, cuando escuchábamos los relatos de sirenas, princesas, barcos, piratas y ballenas. Un viaje que prosiguió, cuando negro sobre blanco, nuestros labios moldeaban las palabras de esas aventuras de mundos fascinantes con salvajes, tesoros escondidos, duendes traviosos o ríos torrentosos y el amor, siempre el amor.

Pero no todos los libros nos permiten realizar ese viaje. Pero ésos, con los que viajamos y descubrimos y encendieron placenteramente nuestros ojos y nuestro corazón son los que pertenecen al gran mundo de la literatura juvenil. Y aquí se presenta el primer interrogante. ¿Por qué

decimos literatura juvenil y no sencillamente Literatura, así, con mayúscula, rindiendo el merecido homenaje a la gran literatura clásica o a los nuevos clásicos que nos atrevemos a ennoblecer con nuestras preferencias, o a los libros que leímos y cuyo recuerdo atesoramos en ese jardín cerrado que fue nuestra niñez y adolescencia?

¿Por qué consideramos que la literatura para jóvenes ocupa un lugar de privilegio en la gran familia de los libros?

Antes de responder a esta pregunta fundamental tal vez sea conveniente hacer un poco de historia y considerar en qué momento el niño y el adolescente tuvieron un espacio vital autónomo reconocido por los adultos y también cuándo fue apreciado el despertar de nuevos sentimientos, de la conciencia y del alma reflexivas propias de cada etapa del ser en su desarrollo. Enzo Petrini en su *Estudio crítico de la literatura juvenil* afirma que

Los adultos de la antigüedad miraban a los niños no como a continuadores autónomos, sino como a conservadores de un depósito de tradiciones y experiencias recibido de los padres y maestros. Toda la tradición clásica, y más tarde la lección del Medioevo hasta bien entrado el Humanismo, vuelve a colocar como una sombra gigantesca tras las espaldas del niño en desarrollo, el tipo, o más bien la tipificación más corriente, del héroe, del guía, del joven de mayor edad que atrae en torno a sí un grupo de adolescentes que lo siguen, hallando en él su modelo¹.

Siglos antes de Cristo diferentes culturas acompañaban la educación con antologías escolares, hecho claramente demostrado por los papiros griegos descubiertos en Egipto. Estas antologías, sin embargo no hacían referencia a la vida del niño y a su mundo secreto. El descubrimiento del mundo llegará para ellos solo a través del sacrificio y de la iniciación. Fue Jacopone da Todi quien en plena época medieval cristiana abrió el camino al sentimiento de la niñez, gracias a algunos poemas de contenido.

Enzo Petrini sostiene que fue en el Barroco, cuando los adultos comenzaron a reírse de sí mismos y a perder la reverencia por la edad adulta, cuando se inició el tembloroso descubrimiento de la niñez. Los libros que se escriben en esa época satirizan lo heroico y la sociedad de ese tiempo, resucitan lo cómico, lo fabuloso y también lo maravilloso. La

literatura de viajes, las leyendas e historias de Marco Polo, los extraños seres, pájaros, frutas y relatos que llegan del mundo fabuloso de Colón y de Américo Vespucio son las grandes historias que alimentan al joven y al hombre de ese tiempo. La admiración, el asombro, la duda genuina se multiplican alrededor del mayor de los acontecimientos: el mundo, este mundo, gira, gira alrededor del sol, gira sobre sí mismo. El gran Galileo verifica su teoría ante el asombro de todos. Y a este descubrimiento se suman otros, que hoy, de tan repetidos, nos parecen banales. Todo se mueve, el cielo, las estrellas, la sangre en nuestro cuerpo. Edad de oro de observación, experimentación y de lectura. Y todo ello en los libros que sedujeron a los jóvenes de entonces, porque allí estaba escrito lo fabuloso, lo imaginario, la aventura. Y nuevas ideas. Por ello tuvieron tal ventura el *Bertoldo*, de Giulio Cesare Croce, *el Quijote*, de Cervantes, *Los viajes de Gulliver*, de J. Swift, el *Robinson*, de Daniel. De Foe, *Las aventuras del barón de Münchhausen*, de Rudolf Erich Raspe.

Nuevas ideas, nueva concepción del mundo y la creación de la imprenta favorecieron la avidez de este nuevo público lector que ahora era considerado digno de atención y también respetable.

Este fenómeno social se alimentó visiblemente de una literatura que hoy nos sigue alimentando y que llamamos “clásica” y, al mismo tiempo, con libros de intenciones moralizantes y de otros, más vanos, posteriormente abandonados por los lectores. Cercano ya el siglo XVIII, aparece la preocupación pedagógica y se propone agregar a la fábula otro tipo de consideraciones más elevadas. Así Comenius (1592-1671), ofrece su *Orbis Pictus*, el primer libro de texto ilustrado, y en Francia, Fenelón (1651-1715) el *Télémaque*, un libro de trama narrativa y de aventuras y al mismo tiempo educativo, cumpliendo así con el enseñar deleitando.

Siglo reflexivo que no sólo ha realizado descubrimientos en la tierra y en el cielo sino que también ha descubierto al hombre, primero en su infancia y luego en la adolescencia. Fue a partir de la Reforma que se comprendió cómo estas nuevas vidas debían integrarse a la sociedad que cambiaba rápidamente y debían ser preparadas tanto en el plano del conocimiento como en el plano moral. Y en este aspecto los países del norte de Europa llevaron la delantera, pues fueron los primeros en entender “la infancia como una isla afortunada cuya felicidad hay que proteger” -nos

dice Paul Hazard en *Les livres, les enfants, les hommes*, cuya primera edición data de 1949. Hoy ya sabemos que el niño no es un adulto en pequeño sino un ser con sentimientos, sensaciones, alma y espíritu que se despiertan. Y a este despertar asiste de modo privilegiado el docente, ya que a él le compete guiar y alimentar sistemáticamente, con los libros y su lectura, la conciencia infantil.

Considerada brevemente esta trayectoria histórica conviene ahora delimitar qué consideramos hoy “literatura infantil” y “literatura juvenil”. Ambas denominaciones también se han ido precisando desde fines del siglo XIX y ha proseguido hasta nuestros días.

Los mismos nombres son ya indicativos. Una es la literatura para los niños, y la otra es la literatura para los jóvenes. Desde el punto de vista de la biología y de la psicología evolutiva, *literatura infantil* es aquella literatura adecuada para los niños hasta los diez u once años y la *literatura juvenil* aquella adecuada a los púberes y adolescentes y, por qué no, a los adultos y mayores que no hayan perdido el gusto por el viaje de descubrimiento. Mientras la primera es fundamentalmente una literatura escrita teniendo en cuenta los niños receptores, o adaptada de los grandes relatos en extensión y vocabulario, la literatura juvenil forma parte de la literatura universal y no es adaptada, sino que de este gran corpus se seleccionan obras y autores con el apoyo del buen discernimiento pedagógico, teniendo en cuentas tanto aspectos psicológicos de cada lector o grupo de lectores, como los específicos éticos y estéticos.

Así como se percibió nítidamente el universo de la niñez y la adolescencia como bienes que deben ser cuidados y alimentados física, emocional y espiritualmente, también los escritores descubrieron un nuevo público a quien debían enseñar y deleitar, las nanas, las canciones de cuna, las canciones de juego y sorteo, adivinanzas, coplas y romances, enseñanzas orales, tiernas, graciosas y satíricas que el pueblo había mantenido en su memoria, iniciaron un circuito escrito y, gracias a él, los escritores seducidos por esta gracia de siglos, imitaron primero, crearon después, siguiendo modelos hispánicos, ingleses, franceses.

Y aquí conviene hacer un pequeño aparte para reconocer el hito inquestionable que María Elena Walsh marcó en la literatura infantil argen-

tina. María Adelia Díaz Rönnner señala taxativamente que hay “un antes y un después de María Elena Walsh”². Dos décadas -‘60 Y ‘70- estuvieron signadas por el discurso de esta escritora que supo instalar en el lenguaje el juego con las palabras, el humor, la gratuidad de lo literario, la hermandad de lo popular y lo culto, y realizar para niños y adultos textos llenos de imaginación, paradoja e ilusión. Y, además, con una línea ética coherente, que apuesta siempre a la solidaridad. Pero fundamentalmente porque su obra legitimó el valor de la imaginación, facultad única del ser humano y, gracias a su labor concreta, la literatura destinada al niño y al adolescente, considerada un género menor, desvalorizada por maestros y críticos, pudo adquirir la carta de ciudadanía estética de *Literatura*.

Estas líneas dedicadas a María Elena, no fueron incorporadas al azar, sino porque me permiten reflexionar sobre el fenómeno del que me estoy ocupando. Delimitadas las diferencias entre una y otra literatura conviene ahora detenernos en el papel que juega la imaginación en la escucha de un relato, una canción y también en la lectura.

Los estudios específicos de Jung, facilitaron el reconocimiento del poder nuclear de la imaginación, en el despertar creciente del hombre al mundo, y el lenguaje con que éste se expresa tuvo que seguir el camino que la imaginación le marcaba tan generosamente. Advertidos los escritores que para cautivar el alma niña, o el alma joven, debían primero mirar su propia vida y recordar aquellas vivencias primeras y sorprendentes, se instalaron en su intimidad y desde allí recrearon los temas del afecto: la familia, la lealtad y las pruebas del valor, el honor y el descubrimiento del mundo. Círculo concentrado primero en la casa, el jardín, los animales, los pájaros, las flores y perfumes y que prontamente se amplía para mirar el cielo, la noche, la estrellas, el sol, el universo.

La fascinación creciente del escritor por este mundo que redescubría, y del lector que leía, llevó a las editoriales, tanto en nuestro país como en Europa ha crear una línea de libros infantiles y juveniles que los autores habían pensado especialmente para ellos. Ya no eran exclusivamente los hermanos Grimm o Perrault, o Dickens, o Swift, por nombrar autores extranjeros, debidamente traducidos, recreados o adaptados, sino Andersen, Bradbury, Saint Exupéry, Italo Calvino, Charles Dickens, y, en

nuestro país, Alfonsina Storni, E. Banchs, Marco Denevi, Ana María Shua, María Elena Walsh, entre muchos otros.

En la actualidad el interés de los autores por cautivar a este joven público se ha acrecentado, por eso escriben teniendo en cuenta a estos lectores en formación. España, Inglaterra, Francia, Italia, nuestro país inclusive, tienen ejemplos de autores que, junto a obras de desarrollo complejo, presentan otras que abren el corazón, e invitan al viaje interior y también al viaje siempre novedoso por un mundo desconocido, gracias a la lectura y a los siempre nuevos paraísos fascinantes que ofrece.

Pero no todas las obras de arte de la literatura universal pueden ser leídas en esta etapa del desarrollo humano. Pues al colocar en las manos de un joven lector un clásico como lo es *Madame Bovary*, *La guerra y la paz*, *En busca del tiempo perdido*, *Ana Karenina*, libros innegablemente valiosos, debemos sopesar cuál es su experiencia de vida, sus conocimientos históricos y geográficos, cuál es su dominio lingüístico y sobre todo cuál es su capacidad de atención sostenida para sobrellevar obras tan ricas y complejas que exigen del lector un entrega al universo de la lectura sin vacilaciones. Indudablemente la extensión de estas obras sería un primer impedimento para que el adolescente se entregue gustosamente a la lectura confiada y tenaz.

Colocar estos libros demasiado apresuradamente en manos de un lector incipiente puede significar perderlos como lectores y encaminarlos hacia obras de escasa calidad o hacia la historieta que rápidamente transforman a esos lectores potenciales en lectores carentes de sentido crítico o indiferentes a la lectura. Por eso es conveniente proponer siempre libros con valores éticos y también estéticos que puedan facilitar el pasaje entre la literatura infantil a la Literatura.

Estas obras, que conforman este campo tan acotado de la literatura juvenil, son fundamentales porque son el puente necesario, el puente que debe atravesar el joven en su desarrollo espiritual, psíquico y fisiológico para ingresar plenamente en la vida adulta. Justamente porque los educadores, psicólogos y terapeutas, como los padres y escritores, han reconocido la importancia de estas *obras de transición* que entregamos a los adolescentes, es que diferentes editoriales han incorporado a sus colecciones variadas selecciones de obras -cuentos, teatro, poesía, fundamen-

talmente- que orientan a padres y educadores y contribuyen a estimular la lectura en los jóvenes.

Para los jóvenes hay ediciones muy recomendables de los “clásicos”, de los “clásicos juveniles” o premios Andersen, los *best sellers*, o los libros que los escritores pensaron exclusivamente para niños y para adolescentes. Pero incluso en esta etapa de encuentro con la literatura juvenil es necesario que los padres y educadores puedan acertar al elegir los libros. Básicamente dos conceptos rectores deben orientar la selección: extensión y valores éticos y estéticos. Además como el período de transición es sucesivo y muy específico según el sexo, la edad emocional, la capacidad intelectual, a la *selección apropiada* debemos sumar la *graduación* como criterios operativos permanentes.

Al seleccionar estas que llamo *obras de transición* todo educador deberá tener en cuenta los siguientes aspectos:

1. Empezar por obras breves y graduar progresivamente la extensión, ya que el adolescente no dispone de la capacidad de atención ni de la concentración de un adulto habituado a la lectura. Por lo demás, visualmente, siempre un “libro gordo” es menos atractivo que un “libro flaco”³.

2. Los libros elegidos deben contener acción, suspenso, enigmas y sorpresas.

El adolescente de hoy, si bien es receptivo, es escéptico e inconstante. Para que una historia lo “atrape”, debe estar muy bien contada, mantenerlo en suspenso, proponerle situaciones por resolver y llegar a un final sorprendente y no previsible. Los mismos escritores que se han dedicado a escribir para los jóvenes coinciden en afirmar que, contra lo que podría suponerse, es más arduo y difícil relatar una buena historia para cautivar a los adolescentes que escribir para adultos ya disciplinados por la literatura. Sin duda están muy conscientes de que a un joven no puede entregársele un “producto”, una historia de mala o escasa “manufactura”.

En un reciente sondeo de opinión los autores más mencionados por los jóvenes fueron E. Allan Poe, Sir Arthur Conan Coyle, A. Christie, y Horacio Quiroga. Estas preferencias nos indican que estos autores siguen vigentes porque reúnen algunas de las cualidades que arriba mencionamos, o porque son autores ya consagrados por la recepción.

3. En lo posible seleccionar obras de distintas épocas y que aborden problemas siempre actuales. Otra tendencia subraya, sin embargo, que se debe dar prioridad a las obras contemporáneas ya que su lectura les permitirá reflexionar sobre su entorno psico-social y favorecerá la comprensión de sí mismo al presentar situaciones cotidianas bajo el disfraz de la ficción.

Ambas posturas son aceptables e incluso una integración de ambas será fecunda, siempre y cuando el criterio pedagógico oriente, guíe y analice cada obra según las reglas mismas que el texto imponga.

4. Seleccionar obras de gran diversidad geográfica y de ámbitos culturales diferentes. De este modo se propicia la solidaridad, la comprensión y la apertura intelectual y espiritual y se ayuda a evitar la xenofobia y los grandes mitos sobre el liderazgo.

5. Los temas deben considerar los centros de interés de cada etapa evolutiva, pero además considerar los temas que abordan específicamente la idiosincrasia nacional. O sea, que al mismo tiempo que elegimos los más universales, como el amor, la vida, la muerte, nuestro lugar en el universo, consideramos el ámbito en que cada historia se desarrolla. En la actualidad el interés despertado por la ecología, la cibernética, la neurociencia, la genética, la biología molecular, son marcos muy adecuados para el tratamiento de otros temas no menos importantes como la búsqueda de la identidad, las relaciones de parentesco, lo heredado y lo adquirido, la identificación sexual, entre otros.

6. A la variedad de temas debemos sumarle la variedad genérica. Hoy, la muy olvidada es la poesía. El teatro por su parte, si bien todavía no ha capturado a un gran público lector, los esfuerzos continuos de los conjuntos independientes provinciales han ido acostumbrado a los niños y a los adolescentes a la visión espectacular a que obliga la obra teatral. Asimismo, las diferentes Direcciones de Cultura apoyan con certámenes y concursos provinciales, regionales y nacionales -y en ocasiones económicamente- las tareas de los elencos.

La enumeración precedente expone criterios de selección de índole general. Pero, como todo docente sabe y Jorge Luis. Borges nos acostumbró a considerarlo, *cada libro tiene su lector*, y en cada etapa de nuestra vida *hay un libro para cada uno de nosotros*. Un libro que es en reali-

dad, una llave que abre horizontes de expectativa, estimula y acrecienta nuestros sueños y anhelos más escondidos y, en fin, mueve el corazón para descubrir y amar.

Y en este sentido es el que docente cumple una función fundamental, pues ya desde la lectura en alta voz de partes significativas de los libros que le gustaría hacer leer, con su expresividad crea un mundo extraordinario que invita a adentrarse en él. Su intercesión no se limita entonces a proponer o aconsejar, sino *a mostrar la llave*.

Durante el proceso de lectura el yo íntegro -persona y afectos- se modifican y tanto las ocupaciones como las preocupaciones se someten al hechizo de la lectura. Como lector cada uno de nosotros ríe, se emociona, por lo que le sucede a un personaje con el cual sólo tenemos la vinculación de la letra escrita y que sabemos muy bien que no existe. Esta experiencia sucede y se reitera cada vez que nos adentramos en una historia y gracias a ellas emprendemos el fascinante encuentro con personajes, espacios y tiempos concentrados en la constelación de la página escrita.

Este viaje interior y al mismo tiempo exterior nos arrebatara pero, al mismo tiempo seguimos conservando el control: sigo siendo quien soy, aunque me dejé arrebatar. Sólo me he convertido en quien deseaba secretamente convertirme. Me embarco en una ilusión, pero lo hago voluntariamente y sólo hasta el punto en que sigo siendo capaz de controlarla. Concretamente, puedo cerrar el libro, marcar la página y continuar con mis actividades obligadas. Sin embargo una puerta fue abierta, una llave movió nuestro corazón y allí quedaron unos habitantes insólitos. Tal vez Moby Dick, tal vez el Principito, o Hércules, o Tarzán. Tantos y tan diversos personajes me siguen habitando y también alimentando mis vivencias, sueños, anhelos.

Y este placer es uno de los menos costosos y el que nos dura más tiempo. Obsérvese la diferencia con la representación teatral, un film, un concierto, o una visita a un museo. Todas ellas exigen nuestro desplazamiento hasta "el lugar", mientras que el libro nos acompaña adónde vayamos o en cualquier lugar que estemos. Si hemos dominado los mecanismos de la lectura podemos "aislarnos" en dónde y cuándo lo deseemos y construir en nuestra mente ese otro tiempo-espacio propio de la lectura.

Misterio éste de la identificación y de la participación ya conocido por los antiguos y explícitamente aclarado por Aristóteles en su *Poética*, cuando refiriéndose a la tragedia, hablaba de la catarsis o de purificación de las pasiones que cumplía la obra espectacular en el público asistente. Este misterio de la participación en la obra de arte ha sido posteriormente analizado por autores como Boileau, Perrault, Molière, Racine, quienes al mismo tiempo se han preguntado cuál es la función y la finalidad específica del arte.

La literatura, arte de la belleza, arte de la palabra es capaz de realizar este prodigio y lo cumple de modo especial gracias a la lectura activa, cuyas señales son una atención y una diversión extremas. Capacidades de dominio, señorío, de cada joven “viajero” que lee para suspender el mundo ficcional, y para reingresar en él, según lo decida. La lectura es uno de los placeres que ha inventado la cultura y esto sin desmerecer el intenso placer de la escucha y de la participación que lograba el aedo, el juglar, el rapsoda, el payador, en suma el *narrador* -nombre genérico de todos ellos.

Cada libro es un viaje, un despertar, conocer y, por sobre todo, imaginar. Abierto el espíritu alcanza su cumbre, en su ansia constante de ser más, cada vez que cautivado persigue las letras de ese mundo fascinante que proponen las palabras-historias del libro.

NOTAS

¹ Véase Enzo Petrini. *Estudio crítico de la literatura juvenil*. Madrid, Rialp, 1963, p. 20.

² Véase Marc Soriano. *La literatura para niños y jóvenes*. Colihue, 1995, p. 719.

³ Esta distinción necesita ser revisada a la luz de los crecientes lectores de la saga de *Harry Potter*, pues de las doscientas cincuenta iniciales I, el último publicado por la autora ha alcanzado más de las ochocientas y el interés no se ha desvanecido a causa de la extensión.